

LA ROCA DEL MONGE.

En una de las provincias más pintorescas de Francia, que lleva el nombre de Franco-Condado, hay un valle que excita más aun la admiración del viajero, no solo por los variados y agradables accidentes del terreno, sino porque al volver la vista algunos años atrás, se averigua que no era aquello más que un sitio agreste y salvaje; un terreno inhóspito, desierto y cubierto de bosques de pinos. Algunos monjes penetraron con el hacha en la mano en aquella selva virgen, y después de fundar un convento en la cresta de una colina que domina el valle, convirtieron aquel terreno en un delicioso vergel y un pintoresco paisaje. Este es el valle de Morteau.

Para el estadista, aquel rincón de tierra aislado al pie de las cordilleras del Jura, sobre los límites de la Francia, es un punto curioso y digno de atención; para el artista y el poeta, es un sitio de delicias. Por todos lados puntos de vista que halagan á la vez á los ojos y á la imaginación, crestas de montañas magestuosas é imponentes, sitios salvajes, un todo, en fin, delicioso. En el centro de los bosques que por varios lados rodean el anfiteatro de Morteau, se vé un monolito puesto sobre un banco que representa exactamente la imagen de un monje, con la capucha echada á la cara y las manos cruzadas debajo de la barba. Cuentan sobre este fenómeno que en el tiempo en que los habitantes de aquella comarca empezaban á desear de su fervor primitivo y á apartarse de la línea trazada por los piadosos consejos de la comunidad, un monje que se había retirado á un bosque solitario lloraba y gemía al ver estos indicios de incredulidad y de desorden, y rogó al Omnipotente que diera á aquellos seres á quienes había dedicado su vida y que ya se mostraban ingratos, una señal duradera que les hiciera recordar sin cesar á quien debían su primera instrucción y sus primeros elementos de prosperidad. En el sitio mismo en que el monje había hecho esta oración, se vió aparecer aquella estatua de piedra que una mano invisible parecía elevar como un monumento impercedero á la memoria de los piadosos arquitectos del claustro de los misioneros de la fé y de

la civilización en aquella comarca, de los fundadores de aquella colonia agrícola é industrial.

Tradiciones hebraicas.

Los tradicionistas hebreos, llamados comunmente *masoretas*, que suben hasta el quinto siglo antes de nuestra era, nos han conservado varias noticias importantísimas, pertenecientes á ciencias, artes y literatura. Desconociéronlas en su mayor parte los griegos y demas naciones posteriores, ya por lo sublime de los conceptos, ya por las formas cabalísticas de que aparecian revestidas, acaso para mas enaltecerlas, si ya no entraba á la parte en aquel estudiado misterio el propósito de su conservacion por medio del misticismo y del aparato religioso. Estas recónditas noticias masoréticas yacen olvidadas unas, y oscurecidas otras en los mas antiguos manuscritos hebraicos que se salvaron de los malignos incendios de Alejandria, Atenas y demas metrópolis de la antigua Grecia; pero no por eso dejan de ser importantísimas, y de esparcir un inmenso resplandor, cada vez que se descubre ó se descubre alguna de entre el polvo, y al través de una filosofía tan presumida como indigesta, que el tiempo y la desgracia echaron sobre ellas. El circulo cabalístico tradicional que vá intercalado en este artículo, creemos sea uno de esos destellos á que aludimos.

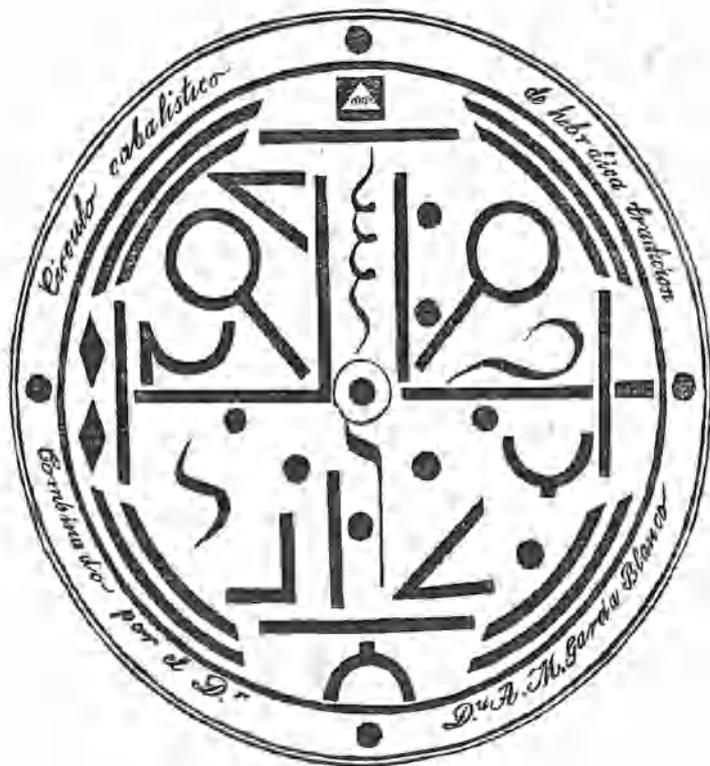
Los *masoretas* y *cabalistas* (tradicionalistas y doctrineros) mas antiguos que se conocen, usaron en su hebraica escritura sagrada, no en la profana, ciertos signos ó figurillas que llamaron *mociones* ó *puntos*, porque realmente no eran más que puntos, ya sueltos ya reunidos, corridos unas veces en línea recta, y otras en curva, ora en círculo; ora en espiral, trazando así un ángulo, allí una diagonal, allá dos

Paralelas, dispuestas en fin, del modo mas conveniente para expresar el sonido y modificaciones del sonido de las palabras á cuya intermediación se pintaban. Estos ligerísimos ápices eran la mas adecuada expresion de lo mas vaporoso, espiritual é imponderable de la palabra, cual es su vocalización, su velocidad ó detención, su fuerza ó energia, su dulzura, su énfasis, su entonacion, su música en una palabra; pero desatendidas estas minuciosas consideraciones y su expresion en la escritura por algunos malos criticos, llegaron á ser desconocidas del todo, y sus sigas reputadas como innecesarios para la genuina lectura é inteligencia de la escritura hebrea, á pretexto de que no se hallaban en los mas antiguos manuscritos, y de que era invencion de los últimos tradicionistas, llamados *masoretas tibérienses*. Felizmente son ya muy pocos, merced á los adelantos de la ciencia critica, los que persisten en tan grosero error: únicamente en Francia, y en una sola de sus escuelas, llamada por antifrasis *Crítica Cynliana ó Masolefana* de su fundador Luis Capel, y restaurador *Maslef*, se aboga todavía por la abolición de los puntos ó *mociones masoréticas*; mas todo el mundo sábio ha convenido en reconocer esta parte de la escritura hebrea, como necesaria para la lectura é inteligencia de sus palabras, y como muy anterior á los *masoretas tibérienses*; no faltando razones á nuestro juicio atendibles, para hacer á dichas mociones coetáneas de las letras, y como ellas parte integrante del habla de Moisés, David, Salomon, Isaías y demas escritores sagrados, anteriores y muy anteriores á los griegos. Todos admiten ya las *mociones* de la escritura hebrea como el último ápice de la perfeccion en un sistema de escritura jeroglífico-litera; pero ninguno que sepamos, ha reunido todas aquellas distintas figurillas en una matriz común para observar su conjunto, ni reflexionado sobre la filosofía que presidiera á su formacion, y que por lo mismo las ajeja mas y mas de los siglos de ignorancia de nuestra era, en los cuales, ó muy próximo á ellos se supone la existencia de los últimos *masoretas tibérienses*. Nosotros pues, al presentar el *circulo masorético cabalístico* que aparece estampado al pié de estas líneas, nos proponemos llamar la consideracion de los entendidos en la materia, no solamente sobre su conjunto en una figura perfectamente regular, y detalles de la mas severa filosofía, sino tambien, y mas singularmente sobre el campo vastísimo que aquella y estos ofrecen para investigaciones filosófico-críticas de suma trascendencia.

En efecto; cualquier hebraizante que se detenga un poco á examinar el *circulo masorético*, hallará en él comprendidas todas las *mociones* consignadas en la escritura hebrea sagrada; y él y cualquiera que reflexione no podrán menos de admirar, cómo la combinacion de aquellas produce una figura geométrica regular, cortada simétricamente,

y entrecortada con sumo orden y claridad; dejando percibir con toda distincion un gran círculo con su punto céntrico y sus cuatro cardinales, mediante los cuales se tiran perpendiculares y horizontales, y se trazan ángulos rectos y agudos, radios, semi-radios, arcos, círculos, semicírculos, tangentes, paralelas, diagonales, y cuantas secciones admite el círculo, como asimismo cuantas figuras se juzgaron necesarias para expresar los varios cortes y recortes, secciones y partituras que pueden hacerse de la palabra dentro de su círculo sonoro ó fónico, ideológico, sintáxico y musical. Este gran círculo, puede preguntarse ahora, ¿tendría alguna otra cabalística significacion entre los hebreos, amigos del simbolismo, y ántes contra los bárbaros que de todos lados los acechaban explotando su saber y sus tradiciones? ¿Sería tal vez algun gran emblema de lo mas étéreo, espiritual é imponderable del universo, como sus distintas partes lo son de lo mas sutil é influente de la palabra, y como las letras á que acompañan, es ya casi demostrado, lo eran de lo mas grosero y sensible de esta, á saber: de los movimientos orgánicos necesarios para la locucion, y de las ideas fundamentales del mundo físico, moral é intelectual en que vivimos? Hé aqui un gran problema filosófico crítico, que convendrá resolver, para juzgar del mérito y originalidad de las naciones posteriores á la hebrea, apartadas del Oriente, y casi siempre sus enemigas: hé aqui un mundo ideal de inmensa estension é incalculables consecuencias, que se transparenta por entre ese nuevo, vistoso y agradable grupo de *figurillas masoréticas*: hé aqui, en nuestra opinion, uno de esos brillantes destellos á que anteriormente aludíamos, surgiendo de las amortiguadas cenizas del vasto y poco apreciado saber de los antiguos orientales. Por nuestra parte, y como para estimular á los demas á posteriores investigaciones, consignaremos aqui los principales fundamentos que nos inducen á sospechar y casi á columbrar algo de lo indicado.

1.º Al ocurrirnos por primera vez, con no poca sorpresa la combinacion de las mociones hebraicas con su natural figura, posición y lugar, en el círculo que finaliza este artículo, desde luego asaltó á nuestra mente el recuerdo del llamado *circulo masorético*. Todo el que ha manejado códices hebreos, ha visto que los *masoretas* ó tradicionistas, siempre que hicieron alguna observacion tradicional sobre el texto hebreo sagrado, pusieron encima de la palabra que comentaban, un círculo pequeño, así (0); el cual servia de indicacion de la nota marginal en que consignaban su doctrina; y esto con tal tenacidad y estudiado aferramiento, que jamás se encontrarán ni una sola vez, ni en un solo pasaje, indicadas las acotaciones y citas *masoréticas* con ningún otro signo ó llamada: ¿qué mérito pues? ¿qué carácter especial y privilegiado? ¿qué simbolo? ¿qué emblema vieron reflejar en el círculo, para preferirlo absoluta y constantemente á



todo otro signo en sus acotaciones y citas? ¿A qué hacerlas por un signo extraño y no más fácil de plantar que un número, una letra, un asterisco cualquiera, signos comunes adoptados al efecto por antiguos y modernos?

3.º Aun más nos afirma en nuestra opinión, especialmente respecto á la antigüedad del círculo *masorético-cabalístico*, el haber observado, como podrá observar cualquier hebraizante, que la figura circular es la única que descompuesta puede dar todos los ápices, fragmentos ó secciones que se hallan en la escritura sagrada hebrea, denominados en general *mecotot* ó *puntos masoréticos*; y aumenta nuestra persuasión el que todos aquellos distintos *ápices* tienen un nombre, una figura y situación las más adecuadas á los oficios prosódico, sintáctico y musical que los reconocen los gramáticos; bastando una rápida ojeada para percibirse cualquier hebraizante de que los nombres, figuras y situación de tales notas prosódicas, sintácticas y musicales, arrojan de sí las ideas de ¡alto! descanso, ó fin de pasaje (*siluq*); primer descanso (*atmaj*); eubación ó tetrángulo (*révoaj*); erección (*zaquif*); desmayo ó fatiga (*tephah* ó *mayeléh*); espulsión (*gadresh* ó *ó*); acento (*syetó*); extensión (*panchiah*); esparramamiento (*zahlah*); quebranto (*lebr*); sostenido (*mecarbel*); ó levantado (*sheloh*); cadencia (*schalecheleh*); escala (*darga*); luna nueva (*yaicaj*); ideas todas y figuras que aliadas nada ó poco prometen para la filosofía de una lengua toda razonada é ingeniosa.

5.º Además; en una escritura y lengua tan razonada, es imposible que se inventara al acaso, y se usara por mero capricho tanta variedad de figuras, sin un sistema general que sirviera de clave y fundamento á todas ellas; y si bien hasta ahora nada, que sepamos, las ha reunido en un gran grupo, para estudiar sus reciprocas relaciones y el gran pensamiento de que originariamente pudieron ser emblema, eso mismo aumenta, al verlas por primera vez formando un todo regular, exacto, y aun armonioso y elegante, la gran sorpresa de tan homogéneo como vistoso conjunto; así como la vehemente presunción, á las que no convicción moral, de ser este un antiguo monumento perdido ó olvidado, bosquejo á la vez y emblema de algún gran pensamiento cosmogónico, sin que por eso desconozcamos que necesariamente habrá inexactitudes en combinación tan reciente, ora por el largo transcurso de siglos desde su desaparición ó olvido, ora por la ofuscación que naturalmente causa un primer descubrimiento; como sucederá al que por primera vez viera una esplendente antrofa de luz á que su vista no estuviese acostumbrada.

4.º Agrégase á lo ya intuido, la singular coincidencia de que por una parte el nombre propio de Dios en hebreo es *tetragramato* ó de cuatro letras, que tomadas como geroglíficas dicen *poder, amor, unión, amor*, y por otra el círculo propuesto aparece presidido por una figura *tetragramo* ó cuadrada, con cuatro puntos cardinales, como si dijéramos oriente, occidente, sur y septentrion; en area está cortada en cuatro ángulos rectos; su circunferencia en cuatro curvas iguales; interceptadas estas por cuatro rectas que dicen: debilidad (*raphé*), suspensión enfática (*postek*), hendidura (*palaj*), y ¡alto! ¡descanso! (*sibiq* y *soph-paueh*); Volvemos á preguntar otra vez: ¿si será este círculo emblema de algún gran sistema universal desconocido á los griegos, y por lo mismo inaudito é incomprensible para nosotros, acostumbrados á no inquirir mas allá de aquéllos y de su intrínseca filosofía? Rogamos á los sabios críticos tomen en cuenta esta figura; y los datos que espontáneamente arroja; y que mediten bien sobre la sabiduría de Salomón, de Isaias, de Esdras y demás escritores sagrados, y sobre el distinto modo que tuvieron estos de ver los objetos, de pensar y de expresarse, respecto de los sabios que muy posteriormente brotaron de la Grecia y del Lazio.

A. M. GARCIA BLANCO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

Mi adversario, dando un salto atrás, evitó una cochillada que yo le tiraba, y al mismo tiempo vi que cerraban las vidrieras y contraventanas del gabinete. Batió un minuto para que conociendo yo la deslealtad de mi proceder en atacar así á un hombre que tal vez estaba inerme, le dijera: — En guarda si trases armas, en guarda; ó vamos á buscarlas sino las trases, que necesito tu vida. — No creí, respondió tranquilamente mi enemigo, que los caballeros de Alcan-

tara acometiesen á sus enemigos, como los rusos; esperádoles detrás de las esquinas. Señor don Alfonso Tellez, ¡malha nos batiremos, ahora sírvase V. dejarme atender á mis negocios. » Escuso decir que era don Carlos de Solopardo quien me hablaba...

Don Diego. — ¡Ah pícaro! con que te quitaba el pellejo en público, y luego en secreto...! ¡Para el tonto que se fue!

Alfonso. Esa ó otra reflexión análoga se me ocurrió desde luego; pero tal fué mi sorpresa, tal mi indignación, que durante algun tiempo me hallé incapaz de proferir un solo sonido. Entre tanto don Carlos, prescindiendo absolutamente de mí, volvió á colocarse frente al balcón, y tal vez iba á silvar segunda vez, cuando el ruido de los pasos de un hombre que á nosotros se acercaba presuroso, le decidió sin duda á retirarse con tal precipitación que desapareció á mis ojos instantáneamente. Intentar seguirle en medio de la oscuridad, y siendo cinco ó seis las calles ó callejuelas que, á cuatro pasos á mi derecha se cruzaban, fuera en vano; por manera que, en la impotencia de mi rabia, no tuve mas arbitrio, para desahogarla de alguna manera, que el de encaminarme al hombre, inocente causa de mi último obaseo. Salido es que la cólera descarga no siempre sobre el que la produjo, sino muchas veces sobre el objeto que mas á mano encuentra. Así aconteció con la mía. — ¿Quién es? — pregunté con voz que sería sin duda de traidor de melodrama; porque el interpelado, retrocediendo algunos pasos, contestó con tono que anunciaba poca tranquilidad de espíritu: — Gente de paz; un vecino honrado. — ¿Y quién es? ¿á dónde va? — Voy á mi casa señor, dos puertas mas allá; soy, como digo, un vecino honrado, y no me meto con nadie, voy por mi camino, y si V. gusta me volveré. — Vaya V. á los infernos, perdurable hablador, — exclamé volviéndole la espalda; pero quiso mi mala suerte que inmediatamente entrara en la calle un tercer personaje, y así que el vecino honrado se creyó con las espaldas seguras, comenzó á dar tales voces, clamando: — ¡Al ladrón! ¡al asesino! ¡favor al rey! ¡plácito! ¡salteador! etc. — que por no lado, sacándome de tino, cosa fácil entonces, me obligó á hacerle sentir la suela de una de mis botas, y por otro no solo abrujo el que por la calle venia, sino que dió lugar á que como por ensalmo, se llenasen los balcones de las casas inmediatas de gentes con luces. El concierto de voces desentonadas, de gritos descompasados, que resonó en mis oídos, no hay para qué decirlo; mas lo que no puedo pasar en silencio es, que quien vino el primero en auxilio del ataroso y chillon vecino, fué nada menos que mi Teniente Coronel.

Su sorpresa al ver en el que juzgó ratero á un capitán de su regimiento, y que ese capitán era yo, solo es comparable á mi vergüenza y despecho. — Aquí hay, dijo Almazan, algun misterio que mas tarde aclararémos. V., paisano, váyase á su casa y otra vez aprenda á distinguir de colores... — Pero es que el señor ha llegado á vras de hecho, maltratándome de palabra y de obra. — ¿Quisiera V. que le diera las gracias despues de llamrle ladrón? Vaya muy notramela el hablador, y por vida del Rey, que si sale de sus labios una palabra sobre este asunto... — Si el señor quiere una satisfaccion, interpose yo, le daré las señas de mi casa. — Eso es, exclamó el honrado vecino, una estocada ó un balazo además del puntapié... Muchas gracias; pero yo veré si hay justicia en España. — Un gesto bastante significativo del Teniente Coronel hizo comprender á aquel buen hombre que podría costarle caro el insistir por entonces, y, obrando como cuerdo, nos dejó solos. «Esgame V., dijo Almazan, y á paso largo me sacó de la calle dirigiéndose hácia el cuartel de nuestro regimiento. Luego que ya nos vimos enteramente desembarazados de curiosos, volviéndose á mí con aire sereno, preguntó mi jefe: — ¿Con qué permiso ha venido V.? — Con ninguno, mi Teniente Coronel. — ¿A qué ha venido V.? — A un asunto mío. — ¿Qué asunto? — Es un secreto. — ¿Que no pueden saber sus jefes de V.? — Ni nadie. — ¿Qué hacia V. en la calle donde le he encontrado? — Pasaba por ella. — Y al paso insultaba V. á las gentes pacíficas, maltratándolas de obra y de palabra; digna conducta de un caballero y de un oficial! — Las apariencias me condenan. — Bien, bien; mas tarde se averiguará la verdad; por ahora vamos á la prevención. — Mi Teniente Coronel, he cometido una falta abandonando mi puesto, y de antemano me someto resignado á su justo castigo; pero, de caballero á caballero, tengo mañana un lance de honor... — ¿Con quién? — Permitámé V. que no lo diga, y consienta en retardar mi prisión hasta mañana, que si salgo con vida, yo le empeño mi palabra de presentarme inmediatamente en el cuartel. — Imposible señor mío, imposible. La escena de esta noche ha sido demasiado escandalosa. — Señor Don Pedro de Almazan, se trata del honor... — Señor capitán, mi Teniente Coronel de V. le arresta en la prevención.»

Yo no sé hasta qué punto hubiéramos llegado con la discusión si por dicha, al pronunciar mi jefe las últimas palabras, no nos halláramos ya á la puerta del cuartel, que á la orden de Almazan se abrió inmediatamente. Para colmo de mi desventura era Mendost el único

de guardia de prevención. El Teniente Coronel le explicó en breves palabras lo ocurrido, y dejándome en su poder, con especial encargo de que bajo ningún pretexto me permitiera salir del cuartel, marchóse prometiendo volver á la siguiente mañana. Desde luego llamó singular y desagradablemente la atención de Mendoza la circunstancia de haber sido en su calle donde el Gefe me había encontrado. Por mas confiado y hinchado que naturalmente fuese, era imposible que no sospechara la pasión que su mujer me inspiraba; y no hay fe que resista á los indicios, mas que vehementes, que contra mí deponian en la tal aventura. Sin embargo, estubo cortés conmigo, y mandó que inmediatamente me tendieran un colchon sobre el sofá del cuerpo de guardia, invitándome á descansar un rato, oferta que acepté, mas por no estar frente á frente con aquel hombre cuya presencia era entonces para mí un recordamiento en cuerpo y alma, que por deseo de reposo. Acostéme, pues; y como llevaba dos días sin pegar los ojos, habia andado cuatro leguas á galope y hecho dos horas de ostinada á lo intemperie, el cansancio físico pudo mas que la agitación moral, y, en efecto, caí en uno de esos letargos que embargan los sentidos sin dar treguas á las penas del corazón.

Mañana diré á V. las consecuencias de mi malhadado sueño.

Alfonso. A los agudos sonos del clarín de guardia, tocando diáfano, salí de mi letargo, y me hallé solo en el pabellón de los oficiales, donde, por una ventana, con su reja de hierro correspondiente, comenzaba á entrar los primeros rayos del sol nascente. Sentíme acaloradísimo, y en vano quise levantarme; llamé con voz apagada, y el ordenanza no me oyó. ¿Dónde estaba Mendoza? ¿Cuánto tardó en venir? No lo sé todavía, porque á impulsos de la incomodidad física y de los tormentos morales, perdí el sentido; apoderóse de mí un vértigo espantoso; y cuando recobré la razón, después de seis días, me vi en una estancia enteramente desconocida, y rodeado de personas, á quienes en mi vida habia visto hasta entonces, si se exceptúa á mi asistente.

—García, díje á este: ¿dónde estoy?—En casa del coronel, mi capitán.—¿Y esa religiosa?—Una hermana de S. Vicente Paul, que ha venido á asistir á V.—¿Y aquel caballero?—El médico, servidor de V., me respondió entonces el mismo por quien yo preguntaba.—Para abreviar, diré á Vds. que permaneci largo tiempo delirando en el cuerpo de guardia, donde parece que no entró Mendoza sino acompañando al Emanuel, quien así que tuvo noticia de mi arresto por el parte de la mañana, pasó inmediatamente á enterarse de la causa. Mi estado era tal, que el respetable veterano no solo olvidó entonces mi culpa sino que enteraciéndose, cuando que en una camilla me trasladasen inmediatamente á su propia casa, donde me hizo visitar por el mejor médico del pueblo, en unión con el cirujano del cuerpo, y asistir por una hermana de la orden de S. Vicente Paul, institucion por cierto bien digna de la caridad cristiana. Gracias á tantos cuidados y al esmero é inteligencia de los facultativos, la agudísima fiebre cerebral que durante los seis primeros días me tuvo delirante y en peligro de muerte, comenzó á declinar el sétimo, en cuya noche recobré por fin el uso de mi razón, como dejo apuntado. El médico puso término á mis preguntas, declarándome sin rodeos que no podía responder de mi vida, si no guardaba silencio y me sometía á discrecion al régimen conveniente. La religiosa y mi criado añadieron que, si era necesario, emplearian hasta la fuerza para hacerme entrar en razón; y así pasé ocho días mas, lleno de curiosidad y sin poder satisfacerla.

Una circunstancia, entre todas me llamó singularmente la atención; á saber: que mi buen coronel no entrase ni una sola vez á verme en tantos días; pero el obstinado silencio de mis guardias me dejó conjeturar lo que mejor me pareciese. Fuera de peligro, mas no, según mi severo médico, en estado de soportar alguna conmoción violenta, comencé á levantarme á los quince días de enfermedad; y, en resumen, hasta pasadas tres semanas no me entregó el médico la carta del coronel, que voy á leer á Vds. íntegra:

« Señor don Alfonso Tellez:

« La calaverada de abandonar el desfilamento podia y debia costarle á V. su empleo; pero la ha pagado ya tan cara, que me parece le servirá de escarmiento para en adelante. Así; pues, he reducido al paisano del puntapié á que calle; logrado del Teniente-Coronel que rebota el furibundo parte que justamente dió contra V., y echado tierra al negocio, del cual lo mejor es no volver á hablar en la vida.

« Parece que soñando dijo V. cosas que asociaron á Mendoza, quien, aunque pasa por un Juan Lanas, es hombre de honor. En propósito era pedirle á V. una satisfacción, mas yo, para probarle la inocencia de su mujer, me decidí á hacerle un papelote que V. tenia en el bolsillo del uniforme. Esta indiscrecion ha restablecido la paz de un matrimonio; y creo, por lo tanto, que la dé V. por bien empleada.

« Por el mismo papel supe que debía V. batirse con Sotopardo;

y como no gusto de que mis oficiales queden mal en tales lances, fui en persona al lugar de la cita (de quienes informó el Teniente Leon, quien alarmado con la ausencia de V., se vino á buscarle) fui, digo, á manifestar á Don Carlos su estado de V. y ofrecerme, en caso de que el andar á cuchilladas le urgiera, á reciprocizar el ofendido, pero el capitán Sotopardo, que dicen lo que quieren sus enemigos, es un caballero, rehusó la partida por razones poderosas, de las cuales me explicó algunas, y se reservó comunicarnos las demás en tiempo oportuno. Entre tanto V. y él han quedado bien puestos que era lo esencial.

« Creí con esto terminado el negocio; pero parece que hay algun demonio intrigante que se ocupa del cuerpo, pues hoy, á los siete días cabales de su encerrada de V., recibí por extraordinario la fulminante real orden de que acompañe á V. copia.

« Voy á montar á caballo y ponerme al frente de los escuadrones; Sotopardo ha salido para su destino, y será preciso que V. haga lo mismo inmediatamente que se restablezca, presentándose antes á ese Capitan general á quien le dejo recomendado.

« Tambien hay para mí, como verá V., su trocito de paluca; pero como á Dios gracias, no tengo por qué callar, he acollido al Rey, como la ordenanza me lo permite, en representacion de mi agravio. Luego que esto se zanje, me ocuparé en sacar á V. y á Sotopardo del mal paso en que estan.

« Entre tanto, si alguna vez le hace á V. falta un consejo sano, ó necesita cien doblones, escriba á su coronel, quien le hablará siempre con franqueza, y de buena voluntad le dará la mitad de la que tenga.—Queda de V., etc.»

La real orden adjunta á la carta de mi Coronel y dirigida por el ministerio de la guerra al Capitan general del reino, en cuya capitulacion nos halláhamos, decía de esta manera:

« Ha llegado á noticia del Rey N. S. por la via reservada del ministerio de mi cargo, que las capitales del regimiento número... de caballeria ligera, Don Carlos de Sotopardo y Don Alfonso Tellez, causan con su conducta irreflexiva, repetidos escándalos en esa provincia, turbando el sosiego de los pacíficos habitantes de su capital. S. M. ha visto con el mayor desagrado la reprehensible ligereza de los dos citados oficiales; y con sorpresa que, ni V. E., como jefe superior de sus reales ejércitos en ese reino, ni el coronel del cuerpo en que los capitanes sirven, hayan studido en los términos que la ordenanza previene al remedio de unos excesos que perjudican no solo al buen nombre del regimiento de los culpables, sino al de las tropas todas de S. M. cuyos oficiales quiere el Rey que sean modelos de moralidad y decoro para todos sus vasallos.

« Es, en consecuencia, la voluntad del Rey N. S. que el regimiento de... emprenda su marcha, á las doce horas de recibida por V. E. esta orden, para Badajoz; que Sotopardo salga en el mismo perentorio término, acompañado por un oficial de confianza, á embarcarse en el puerto de Cádiz para las islas Canarias en clase de condestable; y Tellez, de quien S. M. cree que, atendidos sus cortos años, reconocca y corrija en breve sus errores, á esperar órdenes en la ciudad de Ronda, presentándose sin demora á recibirlas del Comandante general de aquella Seranía.

« De real orden, etc.»

Figúrense Vds. qué efecto producirian en mí así la carta del Coronel, como la real orden; pero todavía recibí al mismo tiempo otras tres cartas, que es preciso conozcan Vds. tambien. La primera decía:

« La fatalidad, de que soy victima ya hace años, acaba de descargarne uno de sus mas terribles golpes: el Rey, sorprendido por mis enemigos, me confina á las islas Canarias. Si algo puede consolarme es: primero, el testimonio de una conciencia pura y tranquila; después, que esta forzosa separacion me evite el disgusto de hacer armas contra V., señor don Alfonso, quien si ha contribuido á denuciarne, es: no lo ignora, á impulsos de sugestiones que en su edad son omnipotentes.

« No sé por qué; pero es cierto que no puedo menos de profesar á V. un afecto, que seguramente no me paga. Algun día quizá, deshaciéndose las negras nubes que hoy oscurecen mi reputacion, verá el capitán Tellez, cuán injustamente se me llama Carlos el malo. Entre tanto reciba V. un aviso que le dá un caballero: huya V. de Madrid, si en algo estima la tranquilidad de su vida, si no quiere arriesgar hasta la honra.—Plague al cielo que las preocupaciones que contra mí han logrado inspirar á V. no le hagan desoir el de este su desdichado compañero y S. S., etc.—Carlos de Sotopardo.»

Digan Vds. ahora la segunda carta:

« Señor don Alfonso: en pago de la hospitalidad y cordial acogida que hallé en mi casa desde que, en mi hora, vino al regimiento, meditada V. seducir á mi honrada esposa. Si la enfermedad que ahora le agobia no contuyese mi brazo, ya estaria V. castigado como merece; pero tenga V. entendido que no renuncio á la venganza, aunque la aplazo; y sepa que con la espada en la mano será como vuelva

á ver á quien se avergüenza de haber sido su compañero, y será siempre su implacable enemigo.—Carlos de Mendoza.»

La tercera, en fin, decía:

«La misma persona que ha templado el ánimo del Rey con respecto á V., podrá rehabilitarle muy pronto, si se conduce con prudencia y cautela. Un hombre como V. no debe desalentar nunca; y lo que ahora padece se le tomará en cuenta para recompensarlo un día de la manera que su corazón desea, sin atreverse acaso á esperar. No tenga V. la menor comunicacion con Sotopardo; espere resignado y sea discreto sobre todo.»

Este último escrito no tenía firma.

Don Diego. Dígole á V. que hay para volver loco al mas cuerdo.

Alfonso. Tal creí que me sucedía, porque al verme, aun no cumplidos los veinte años, con la carrera cortada; en mal predicamento con el monarca á cuya munificencia debía mi educacion y empleo; expulsado de mi regimiento, y separado acaso para siempre, de la que adoraba, confieso que era carga harto pesada para mis débiles hombros. ¿Quién había dado cuenta á la superioridad de lo ocurrido, designándolo además, pues que en realidad en cuanto á mí nunca hasta entonces hubo motivo de queja? ¿Qué mano poderosa había en la corte para que, apenas cometida la culpa, cayera sobre nosotros el rayo del castigo? ¿Cuál era el protector invisible y desconocido que mitigó para mí la severidad del Rey, y que me ofrecía rehabilitarme? ¿Por fin qué recompensa era la que se me ofrecía? Tales eran las dudas que me asaltaban y á que ni entonces, ni mucho despues, pude dar solucion. En cuanto á la carta de Sotopardo,

la explicacion me pareció fácil: don Carlos era el amante de Matilde, y celoso de mí, quiso al partir prevenirme de manera que nunca pudiera ocurrirme la idea de suplantarle. ¿Pero y Matilde misma? Mis ojos habían visto, y con todo algunas veces el exceso de la pasion me hacia dudar hasta de aquel tan triste como irrecusable testimonio.

—Tal vez (solía decirme el pensamiento) tal vez supo Matilde que debíamos batirnos al siguiente dia, y por evitarlo llamó á don Carlos, arriesgando hasta su honor. ¿Se rien Vds.? ¡Ay señores, que no se renuncia fácilmente á esas primeras ilusiones de la vida, no se consiente sino en el último extremo, en convertir al ente ideal que nos forjó la fantasia en una mujer cualquiera, y mucho menos en una mujer detestable! Como quiera que sea el exceso de mi buena fé, en vez de mitigar mis penas, las aumentaba, pues los intervalos en que me persuadía de la inocencia de Matilde, eran como aquellos cordiales que se daban á las victimas del tormento, para que con las fuerzas recobrasen la facultad de padecer.

Las amenazas de Mendoza me parecieron harto naturales para dudar de su sinceridad, y las ofertas de mi Coronel, aunque sentidas, de todo punto inútiles por el momento. Así mi estado moral contribuyó no poco á prolongar la convalecencia; mas con todo eso, á mes de leidas las cartas de que vamos hablando, me hallé ya en disposicion de montar á caballo y, por consiguiente, de emprender la marcha al lugar de mi destierro.

(Continuad.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSÉ ZORRILLA

Y

D. JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

(Conclusion.)

III.

La etta.

Cubre la tierra y los aires
De temerosa pavora,
La tétrica soberana
De las tinieblas profundas.

Entre apañados celages
Que con su sombra la enlutan
Y sin una sola estrella
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
Cual la llama moribunda
De distantisimo faro,
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
Sobre su lecho de plumas;
Y en su mal gergon el pobre
Acaso en sueños se burla.

Del cansancio y la fatiga
Del frío y del hambre ruda,
Y al despertar, ¡infelice!
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
Y ni una mosca nocturna
Viene á turbar con su vuelo
Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,
Por la callejuela oscura,
Sube un hombre, con pisadas
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
Casa, al llegar á la altura,
Paróse la sombra viva
En actitud de quien busca;

Y luego, cual si en las hondas
Tinieblas que lo circundan
Mirar pudiesen sus ojos,
Y librarle de sus dudas;

Desembozose, apoyando

Contra la pared vetusta
Los hombros, valentras las manos
Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
Y con voz de gran dulzura,
Tal de la noche callada
El hondo silencio turba:

«Flor-del-Alba, encantadora,
Que escedes en hermosura
La del dia;
Oye, del alma señora,
El canto de mi amargura
Y agonía.

Despierta, señora mía,
Oye el acento angustiado
De mi queja;
O muerto me hallará el dia,
Contra los hierros clavado
De tu reja;

Despierta, mi bien...» Y el canto
Del enamorado espira;
Que en lo oscuro,
Con crudo, celoso espanto,
Moverse otra sombra mira
Junto al muro,

Y arrojando el instrumento,



Y requiriendo la espada
Decidido;
Vá mas ligero que el viento
Contra la sombra callada,
Sin ruido.

—¿Quién vá? ¿quién es él? ¿qué busca?
Pregunta la voz sonora
Del amante;
—Pregunta es esa muy chusca,
Señor don Pedro; en mal hora
Vuestra errante,

Estrella os trajo á mi nido,
Que yo día y noche velo
Mi tesoro.

Y cuidad que no descuido
Y sostendré contra el cielo
Su decoro!

—Su padre seréis, sin duda,
Y á tal nombre mi corage
Me abandona:
Por eso mi lengua muda
No responde á vuestro ultrage...
—Quien bisazona

Como vos, de bien nacido,
De valiente y generoso,
no así artero
Del enemigo dormido...
—Sellad el labio injurioso
Caballero!

Si entre las sombras oisteis
Cantar sentidas endechas
A mi amor,
Nunca acusarme debisteis,
Ni herirme así con sospechas
De traidor.

Solo vos teneis la culpa
Deste arrojado temerario
Que os aira:
Sirva á mi alma de disculpa
Este volcan incendiario
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
A Flor-del-Alba, os lo juro
Por mi nombre;
Que nada púeda la suerte
Contra el amor firme y puro
De tal hombre!

—Os jactais de caballero,
Y así labrais el desdoro
De una dama
Sin averiguar primero,
Cual cample á vuestro decoro,
Si ella os ama?

«Oh don Pedro! sois muy mozo,
Mas yo á vuestra edad tenía
Mas prudencia:
Y os declaro sin rebozo...
—¡Perdonad al alma mía
Su impaciencia!

«Oídme solo un instante,
Y os doleréis es seguro
De mi amor!
—Bien: y de aquí en adelante
Me obedeceréis?—Lo juro
Por mi honor!

—«Venid pues!» gritó el anciano,
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos
Que las tinieblas alumbran:

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha,
Y al portal angosto entraron
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez y él delante,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO IX.

I.

Esperanzas.

Como el cansado náufrago
Que en tempestad bravía,
Lucha en las olas turbidas
Cercano á la agonía;
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fulgida,
De próxima ribera,
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido
Al mar tiende atrevido
Nadando en curso rápido
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana
Contra la raza humana,
Fluctúa el hombre, fervido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora lúmpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al misero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
Con nuevo hris esfuerzase
El triste por vivir!

Sin ti dulce esperanza, compañera
Del hombre, en este mundo engañoso,
¡Cuán poca la virtud, cuán poco fuere
El génio, á sostener nuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del criador hizo al mortal;
Todo perece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo manantial de su clemencia
Brotaste pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable
Lo que á los campos es la luz del día.

La luz que alumbró, el fuego fecundante
En el cual la creación enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante
Llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo
Dá viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno
Mansion del torbo arcángel maldecido,
Si penetraras tú, no hubiera inferno;
Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II.

Esplicaciones.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detrás, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor y la empinada
Escalera suben, ambos
Sin hablar ni una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,

Como mas se siente entonces
Menos entonces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada
Entraron; y en una silla
Dejando el viejo la capa,
Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada:
—«Ahora bien, don Pedro, dijo,
»Ya escucho vuestras palabras.»
El joven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,
Empezó de esta manera:
—«Cuando estuve en vuestra casa
»De Villaldemiro, os dije,
»Segun creo, por qué causa
»Iba huyendo decidido,
»De amigos, familia y patria,
»Seis meses hará que aquella
»Dama de régia prosapia,
»Que mi padre, mas amante
»Que cuerdo, me destinaba;
»Casó con un archiduque
»De la corte de Alemania;
»Y el mismo tiempo ha que os busco
»Por los ámbitos de España.
»Anteayer volví á la corte
»Llena de dolor el alma,
»Y al borde, por Dios os juro,
»De una acción desesperada;
»Cuando esta tarde, por dicha,
»Descubrí en una ventana
»De esta casa al bien que adoro,
»A mi amor, á Flor-del-Alba!
»No queráis, pues, ser mas duro
»Que la suerte: á nuestras ansias
»Os rendid!»

—¿Quién... Yo, don Pedro,
»Cometer la acción bastarda,
»De unir á sangre enemiga
»La sangre de mis entrañas?
»Mal me conocisteis, joven;
»Nunca perdonan los Albas!
»Y antes prefiero ver muerta
»A mi Flor idolatrada,
»Que consentir! duro oprobio!
»En qué se unan nuestras razas
—«Pero señor!»

—«Nada escuchó!»
—«Pensad...»
—«Pienso que fué havi-
»Mi bondad. ¿Quereis que olvide
»Tanta sangre derramada?...»
—«Se derramó en buena guerra»
—«La fortuna hereditaria
»De mi Flor, que vuestros deudos...»
—«Os la devuelve intacta.»
—«¿Cómo?»

—«Mirad estas letras;
»Para vos fueron selladas,
»Y detrás de vos corrieron
»Conmigo, por toda España:
»En ellas, el rey Felipe
»Quinto, os devuelve su gracia,
»Vuestros títulos y honores;
»Vuestras haciendas y casas:
»Mi padre y yo esto pedimos
»Para vos, al buen monarca;
»Ved si consentis ahora
»En mi union con...»
—«Flor-del-Alba!
»Gritó gozoso el anciano,
»Flor, Flor!... Ven aquí, muchacha,
»Despierta y vistete presto,
»Que gran sorpresa te aguarda!
»Sois todo un hombre don Pedro!
»Flor-del-Alba! Flor-del-Alba!»

III.

Felicidad.

Bello es el ástro rey del claro día,
Bellísima su luz fecundante;
Bella es la reina de la noche umbría
Bon su pálida luz, su brillo amante;
Pero mas bella aun, mas seductora,
Es la muger que el corazón adora!

Bello es el césped del ameno prado,
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fúlgidos colores;
Mas mil veces mas bella, mas querida,
Es la muger autor de nuestra vida!

Dulce es oír sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes:

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcación que en calma va indecisa
Cuando las lonas candidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa el marinero
Alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de esportisimos cantores
Al compás de instrumentos acordados;
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño:

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, insospitable en su armonía,
Que la tierra y los vientos y los mares,
Alzan al creador al fin del día...
Pero mas dulce aun, mas acordada,
Nos es la voz de la muger amada.

Grato al altiva corazón del hombre
Es ganar por sí mismos fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna,
Gratos son el poder y la fortuna:

Gratísimo es salvar á un fiel amigo
Que á nosotros clamó en su mal andanza;
Y aun mas grato humillar á un enemigo,
Que inmenso es el placer de la venganza;
Pero es mas grata aun y apetecida
La posesion de la muger querida!

¡Amor, amor del alma immaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de ti no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida:
Al que sostienes tú, ¿qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la muger, en su favor constante?

IV.

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma
De placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre riuera y florosa.
Turbado tambien Don Pedro
Al ver la muger que adora,
Presentarse ante su vista
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucea
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo:
—¡Y bien! ¡abrazá á tu esposa!
Y las dos almas amantes,
Que el placer casi ascoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo bien y lloran:

Sus alientos se confunden,
Sus labios casi se locan,
Mientras que el prudente viejo
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.
—«¡Ay Tellez!»....

—«¿Por qué suspiras?»
—«Aquella mansion dichosa
»En que por la vez primera
»Te vi...»

—«¿Qué?» —«No es nuestra ahora.»

—«Por qué?»... —«Vendíola mi padre...»

—«Mas la compró otra persona.»

»¿Quieres volver?» —«Si es agéna»....

—«¿Y si esa razon no importa?»

—«¿Cómo así?» —«Porque es de un dueño»

»Que con el alma te adoró!»

—«¿Qué? el castillo?» —«Y sus terranos»

»Son tu regalo de boda.»

—«¿Iremos allá?» —«Muy presto.»

—«¿Cuándo?» —«A la próxima aurora!»

—«¿Cuándo?» —«A la próxima aurora!»

Conclusion.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido abril una mañana;
El padre Sol de la celeste albura
Con magestad esplende soberana:
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pia blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo!
¡Cuánlo! ¡ay! por ti esperando desespera,
El mendigo infelice que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida.

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,
Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazón de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
Que al presentarse mi estacion querida
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, si; mi humilde acento
Se pierde en la vastisima armonía,
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento
Cuando destierra el sol la noche umbría:
¡Cuán grato es escuchar aquel contento
Que al espirar del moribundo día,
Alza á su Dios la creacion entera,
Grata por tí, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
Las ramas y las flores y el capullo;
Mugén del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo:
Allá en las lonas de la inquieto nave
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul en múltiple sonido
Del canto univesal sube el rúido.

Era de abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana
Brillaba el padre Sol en el altura:
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando
Gratofra cor á la campiña dando.

Y luego serpeando se estravía
Por tortuosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer só la sombra,
Copuda y aménisima alameda
Que hácia un palacio fastuoso guía
Semi-oculto en la fértil arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina
Como el roble á la fragil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro, en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo:
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano,

Modesto, però limpio;—en la blancura
De sus tapias, imagen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancha:
En cambiantes vivisimos fulguras
El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincon del suelo castellano:
Llano y monte y castillo la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárselos quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en tórbidas quebradas
Há poco:—rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Remilculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos:
Triscan sobre la yerba de los prados
Balaando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra
Los vigila el pastor allá en la sombra....

Y allá del cuadro en el fondo
El castillo se dibuja,
Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonce estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras

Un galán son y una dama,
Esta de rara hermosura;
De aquel la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
Y un alma toda ternura;
Y en su talte compliendo
Van fuerza y gracia confusas.

Cuán hermosa es Flor-del-Alhal
Cuán estrema es la apostura
Del enamorado esposo!
Cuánta de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan

De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Cuando al otro se contemplan
Con atención tan profunda,
Que al mirarlos se diría
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus lábios se sonríen
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano oculta,
Al contemplar tanta dicha
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Vá en su carrera fecunda,
Al través de una mañana
De abril, aromosa y pura.

FIN.



Dios te ayude.

Antiguamente el estornudo era un signo augural: se le consideraba como un buen presagio. Los poetas decían, hablando de una mujer hermosa, que los ángeles habían estornudado en su nacimiento. Después, los estornudos por la mañana al salir del lecho, eran mirados como un mal presagio. Era menester entonces, para destruir su efecto volverse á acostar ó ponerse á comer.

Aunque Plinio dice que Tiberio fué el primero que quiso ser saludado cuando estornudara, es incontestable que los griegos expresaban alguno de sus buenos deseos en tales casos. La fórmula de tales cumplimientos, era esta generalmente: «Que Júpiter os conserve ú os asista.» Fórmula que han adoptado también los Cristianos, sustituyendo el nombre de Dios al de Júpiter.

En Africa, en el reino de Senaar, cuando el rey estornuda, los cortesanos le vuelven la espalda, dándose una palmada muy fuerte en el muslo derecho.

En el Monomotapa cuando estornuda el soberano, los que están presentes pronuncian una aclamación ruidosa que tienen que repetir en seguida los que están en la habitación inmediata, y así sucesivamente, de manera que de habitación en habitación llega el ruido á las calles y se estiende con rapidez por toda la población. Por poco irritable que sea la membrana pituitosa del monarca, juzgue el lector cuál será el alboroto que se arme con tal etiqueta en la residencia real.

PENSAMIENTOS VARIOS DE UN AUTOR ANÓNIMO.

San Gregorio hace del hombre la siguiente pintura.

«Es un compuesto de todo lo mas raro y extraño que hay en la naturaleza, es desemejante á sí mismo; es una mezcla de calidades mortales é inmortales; su cuerpo está espualto á mil géneros de enfermedades, el calor natural que mantiene su vida devora su propia substancia, tan luego como le faltan los alimentos para mantenerla; si reposa, la pereza le pone inmóvil; si se ocupa, el trabajo le aniquila; si ayuna, el hambre le consume; si come, los manjares le cargan; la sed le seca; el exceso de beber le entorpece; el sueño le

rinde; las vigiliass le fatigan; el frío le pasa; el calor le ahoga; el alivio de una incomodidad le conduce en breve á otra.»

«Los libros—decía Alfonso, rey de Aragón—son entre mis consejeros los que mas me agradan, porque ni el temor ni la esperanza les impiden que me digan lo que debo hacer.»

Escribía una dama á su amante, en un acceso de cólera, creyéndose ofendida, y le decía:—«¡Picarot!... Si se pudieran escribir los palos, tú no leerías mis curias sino con las espaldas.»

Hay tres géneros de ignorancia: una saber; saber mal lo que se sabe; y saber otra cosa de lo que se debe saber.»

Decía un sujeto, hablando de los ensueños y transformaciones que él habia sido el Becerro de oro: y exclamó una señora que le oía: «Es lástima que haya V. perdido lo dorado.»

Entrando Casaubon en la Sorbona, le dijeron mostrándole la sala de las conclusiones: «Cuatrocientos años hace que se disputa aquí—Y al cabo de tanto tiempo, pregunto él, ¿que se ha decidido?»

El comercio es el arte de robar los bienes ajenos con permiso de las leyes.

Perder la juventud, la hermosura y las pasiones ó afectos, es ciertamente desgracia; por eso muchas mujeres se hacen devotas á los cincuenta años.

Los grandes imperios han empezado todos por baracas, y las potencias maritimas por barcas de pescadoras.

El conquistador es un hombre, cuya cabeza se sirve con feliz habilidad de los brazos de otros: pero no hay conquistas sin grandes injusticias.

Desde los antiguos romanos hasta el presente, no hay un pueblo que se haya enriquecido con las victorias.

SOLUCION DEL CEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUM. ANTERIOR.

La muerte de los grandes hombres ha sido sensible en todos tiempos.